

ramos hechos de una planta llamada *acxoyatl*, y las espinas ensangrentadas las clavaban en unas de heno, que exponían en los merlones de *teocalli*, *casa de Dios*, á fin de que el público supiera que hacían penitencia.

Los sacerdotes que practicaban las terribles austeridades que acabo de referir, pertenecían á una orden llamada *Tlamacazque*. Cuando acababan su penitencia, se bañaban en uno de los estanques que había en el mismo templo, cuyas aguas estaban siempre teñidas de sangre, por cuyo motivo se le llamaba *ezapan*.

Los ayunos y las vigiliass eran sumamente frecuentes entre los mejicanos. No había fiesta ninguna para la cual no se preparasen con ayunos rigurosos, no haciendo mas que una comida ligera cada veinticuatro horas, privándose en ella de tomar carne y vino. Los ayunos iban generalmente acompañados de vigilia y efusion de sangre, y le estaba vedado al mismo tiempo al que ayunaba, acercarse á mujer ninguna, ni aun á la legítima, durante su penitencia.

En algunas fiestas, los ayunos eran generales, y el pueblo estaba obligado á ellos. Los ayunos en que estaba incluida la plebe, eran los que se hacían en las fiestas del sol, y en las del «dios de la providencia.» Cuando se verificaban esos ayunos, el rey se retiraba á un edificio situado dentro del recinto del templo, donde hacía penitencia, se sacaba sangre y velaba.

Había otros ayunos que obligaban únicamente á los dueños de las víctimas que debían sacrificarse en la fiesta que se celebraba.

Los nobles, lo mismo que el rey, tenían dentro del re-

cinto una casa á donde se retiraban cuando tenían que entregarse á la oracion y la penitencia.

En los funestos casos de una calamidad pública, en que era preciso calmar la ira de los dioses, el sumo sacerdote de Méjico hacía un ayuno extraordinario, acompañado de las privaciones mas penosas, y de austeridades que asombran. Lleno de ardiente celo, se retiraba á un bosque donde no había mas habitacion que una cabaña, construida exclusivamente para ese objeto. Separado de todo trato social y sin tener comunicacion con nadie, pasaba allí nueve meses, y algunas veces un año, sin tomar mas alimento que maíz crudo y agua, lacerándose el cuerpo, y sacándose con frecuencia sangre de sus miembros.

No era menos austera la vida que hacían cuatro sacerdotes que habitaban el templo principal de Teotihuacan. Su traje era el mismo que llevaba la gente pobre, y su comida consistía en un pan de maíz que no pesaba mas que dos onzas, y en una taza de *atolli*, atole, líquido hecho también del maíz. Entregados á la penitencia y á la oracion, incensaban cuatro veces á sus ídolos, velaban dos de ellos cada noche entonando himnos á las divinidades, y martirizándose los cuerpos con efusion de sangre. En los cuatro años que estaban obligados á vivir en el templo, para que entrasen otros cuatro, el ayuno era diario, excepto un dia de fiesta que había cada mes. Cuando se acercaba la festividad del dios del templo, se preparaban para ella, perforándose con agudas espinas de maguey las orejas, y pasando por los agujeros que se habían hecho con ellas, sesenta pedacitos de caña de diferentes tamaños. Venerados eran por su virtud esos sacerdotes, y los mismos reyes



de Méjico les miraban como á séres privilegiados. Por la misma razon de que eran vistos con veneracion por todos, estaban obligados á no faltar en lo mas leve á sus deberes. Al que faltaba á la continencia, se le mataba á palos, se quemaba su cadáver, y se esparcian sus cenizas por el viento.

La penitencia estaba generalizada en las naciones del Anáhuac. En la Mixteca, los primogénitos de los señores, antes de entrar en posesion de sus Estados, estaban precisados á permanecer por espacio de un año en un monasterio, haciendo una vida de privaciones y de penas. En el momento en que llegaban al templo, eran despojados del traje rico que llevaban, y se les vestia con otro impregnado con goma elástica; les untaban en la espalda, en el vientre y en la cara un líquido fétido, hecho de yerbas que juzgaban gratas á sus dioses, y les ponian en la mano una lanceta de *itzli*, para que hiriéndose con ella en diversas partes, se sacasen sangre en abundancia. La abstinencia que observaban durante el año, excedia á toda ponderacion, y la falta menos importante era castigada con severo rigor.

Pasado el año de martirio y de padecimientos, cuatro hermosas doncellas les lavaban con aguas olorosas, y en seguida eran conducidos á sus casas con grande regocijo y alegría.

Los tlaxcaltecas celebraban en su año divino una fiesta, preparándose con ayunos y penitencias no menos terribles que los que llevamos referidos. La fiesta se hacia en honor de su dios Camaxtle. Cuando se aproximaba su celebracion, el jefe de los penitentes con vocaba á éstos, exhor-

tándoles á la penitencia; pero haciendo saber al mismo tiempo que, quien no se juzgase con fuerzas para hacerla, lo manifestase en el término de cinco dias.

De no hacer la manifestacion, se argüia que pertenecian al número de los que anhelaban mortificarse en servicio de la divinidad. El individuo que transcurrido el plazo faltaba al ayuno, era expulsado del sacerdocio, y se le quitaban los bienes que poseia. Pasados los cinco dias, el jefe, seguido de todos los que se encontraban dispuestos á hacer penitencia, subia al monte Matlalcueye, sobre cuya cima se levantaba el templo consagrado á la diosa del agua. Al llegar á la mitad de la montaña, los penitentes hacian alto, y el jefe, avanzando hasta la cúspide, hacia una oblacion de copal y de piedras preciosas. Entre tanto, los que habian quedado en la mitad del monte, pedian á los dioses fuerzas y valor para las austeridades que se proponian verificar. Hecha la oblacion por el jefe, bajaban en compañía de él, del monte, y mandaban hacer unas navajas de piedra de *itzli*, y varitas de diversos tamaños.

Los obreros encargados de hacerlas, ayunaban cinco dias para emprender la obra, y se tenia por fatal agüero el que rompiesen alguna varilla ó navaja, al fabricarlas, pues indicaba que el individuo, en cuyas manos se habia roto, no cumplió con el ayuno impuesto. A este ayuno de los operarios, seguia el de los penitentes, que duraba ciento sesenta dias. Empezaban por la dolorosa operacion de hacerse un agujero en la lengua, por donde introducian las agudas varas. Terribles eran los dolores que con aquel martirio sufrían; y sin embargo, sobreponiéndose á los sufrimientos, y mirando la sangre que manaba de sus



lenguas, como una ofrenda grata á los ojos de sus dioses, se esforzaban en cantar himnos en alabanza de ellos. Cada veinte dias repetian esta terrible operacion, que no se comprende cómo podian resistirla. El ayuno del pueblo empezaba ochenta dias despues de haber principiado el de los sacerdotes, y ni aun los jefes de la república estaban exceptuados de ese ayuno. Durante el tiempo consagrado á esas austeridades, á nadie le era lícito servirse en la mesa la pimienta con que condimentaban la comida, ni bañarse.

Número de templos. Los templos llamados *teocallis*, esto es, *casas de dios*, eran numerosos en Méjico, y varios autores no han titubeado en elevar la suma de los que existian en la capital solamente, á dos mil, incluyendo en ella hasta los mas pequeños. Sin poner en tela de juicio la mas ó menos exactitud en la cifra, añadiré que entre los numerosos santuarios levantados en la capital á las falsas divinidades, ocho ó diez eran los verdaderamente notables por su magnitud y solidez, elevándose arrogante el templo levantado á *Huitzilopochtli*, junto á la gran plaza de Tlatelolco; punto importante durante el sitio que Hernan Cortés puso á Méjico y en cuyas elevadas torres, á la lúgubre luz de las antorchas de resinoso pino, murieron sacrificados algunos soldados del héroe extremeño, sin que sus compañeros que les veian desde las posiciones que ocupaban, pudieran favorecerles en aquel angustioso lance que Bernal Diaz, testigo ocular, nos describe en su imparcial historia.

La estructura de los templos variaba segun la importancia de ellos. La base de algunos tenia mas de cien piés cuadrados, y sus torres se elevaban á mucha mayor altu-

ra. Muchos ostentaban una forma piramidal de un solo cuerpo, y una escalera, mientras otros presentaban varias escaleras y un solo cuerpo: algunos eran sólidas masas de tierra, cubiertos por dentro con ladrillo y piedra, dejando ver una forma semejante á la de las antiguas pirámides de Egipto. Se componian generalmente de cuatro ó cinco cuerpos, que iban en disminucion visible. Se subia al primer cuerpo, por una escalera practicada en uno de los ángulos exteriores del templo, llegando á un amplio terrado, en la base del segundo cuerpo, hasta ir á dar con otra escalera, construida tambien en el mismo ángulo y en la misma forma, por la cual se ascendia al otro cuerpo, encontrándose allí con otra escalera igual, para continuar subiendo al inmediato, y así sucesivamente.

De esta manera, para llegar á la cúspide del templo, era preciso rodear éste tantas veces, cuantos eran los cuerpos que tenia. Por esta construccion dada á los *teocallis*, el pueblo podia presenciar de cualquier punto de la ciudad en que se hallase, conducir al átrio superior del *teocalli* á las víctimas destinadas al sacrificio. En esa parte superior se veia una espaciosa área, donde se destacaban dos torres de diez y ocho varas de altura, que eran los venerados santuarios en que se hallaban sus principales deidades. Delante de aquellos monstruosos ídolos se descubria la horrible piedra del sacrificio y dos sólidos altares en que ardia continuamente el fuego sagrado, mantenido cuidadosamente por los sacerdotes, como ardia en el altar de Vesta el consagrado á esta diosa, cuidado por las vírgenes sacerdotisas, encargadas de mantener inextinguible la llama. Seiscientos de estos altares se conta-



ban en los diversos edificios comprendidos dentro del inmenso muro que rodeaba el templo principal, cuyas brillantes hogueras, uniéndose á otras sin número, que se elevaban de los multiplicados altares de los demás templos que se encontraban repartidos por toda la ciudad, causaban de noche un efecto admirable y fantástico.

Entre ese conjunto de *teocallis*, el principal era el templo mayor, dedicado á *Huitzilopochtli*. Anexos á él, se encontraban otros vastos edificios que pertenecian al servicio religioso. Uno de ellos era la espaciosa prision en que estaban encerrados todos los ídolos hechos prisioneros en las diversas provincias conquistadas; los otros eran el llamado *Guaxicalco*, donde estaban hacinados en grandes montones los huesos humanos, y el destinado á guardar las calaveras de las víctimas sacrificadas. Las dos torres de este edificio estaban construidas de cráneos y cal; entre piedra y piedra de todos sus escalones, habia un cráneo, y colgados de las vigas y repartidos en los puntos mas visibles de aquel espantoso local, llegaron á contar los soldados de Hernan Cortés ciento treinta y seis mil, simétricamente colocados.

Rentas y posesiones que disfrutaban los sacerdotes. Las rentas que cada templo principal tenia, eran cuantiosas. Todos esos grandes *teocallis* contaban con posesiones y tierras propias y con numerosos labradores para trabajarlas. Parte de esas considerables rentas estaban destinadas á la manutencion del numeroso clero, y para la leña que en gran cantidad se consumia, puesto que la única luz de sus altares era la de las maderas aromáticas y resinosas, que abundaban en aquellos países. El número considerable de labra-

dores que se ocupaba, sin remuneracion ninguna, en el cultivo de las tierras pertenecientes al clero, se consideraban muy felices, por contribuir con su trabajo al sostenimiento del culto de sus dioses y á la manutencion de los sacerdotes. Numerosos eran los pueblos que á la vez que estaban obligados á suministrar las provisiones á sus reyes, las proporcionaban tambien á los templos. A las grandes riquezas que poseian, se agregaban las constantes y numerosas oblaciones de víveres, que espontáneamente presentaban los pueblos, y que hubieran bastado ellas solas para sustentar abundantemente el crecido número de sacerdotes que existia. Para poder guardar las infinitas ofrendas que de los primeros y mejores frutos que producía la tierra les hacian los pueblos, habia junto á los templos grandes almacenes con distribuciones á propósito para los diferentes renglones que recibian. A medida que fué creciendo con las conquistas el imperio, creció tambien la riqueza territorial de los templos. Las posesiones de los ministros de las falsas deidades se aumentaban con cada adquisicion de una nueva provincia, sujeta por las armas á la corona de Méjico; y como esas conquistas eran frecuentes y rápidas, las posesiones se multiplicaron, con la misma rapidez, con los donativos de terrenos hechos por la devocion de los reyes, llegando á poseer en el reinado de Moctezuma II una inmensa extension de territorio que cubria una gran parte de los distritos del imperio.

Sin embargo, una porcion, no pequeña, de los bienes que los templos recibian, se empleaba en hospitales para los pobres y en aliviar las necesidades de las fami-



lias miserables. Siempre, al fin de cada año, repartían entre los pobres los víveres que sobraban.

Rito observado en el nacimiento de los niños. En los ritos que los mejicanos observaban en el nacimiento de los niños, hay cosas de nobles sentimientos religiosos, al lado de raras supersticiones.

La primera atención de la partera, al nacer la criatura, era proceder á cortarle el cordón umbilical. Terminada esta operación y de enterrar las secundinas, lavaba al niño perfectamente el cuerpo, acompañando el lavatorio con estas palabras: «Recibe, tierna criatura, el agua primera, pues la diosa de ese precioso líquido que fecundiza la tierra, es tu madre: el baño que ahora recibes, sirve para lavar las manchas con que has salido del vientre de la que te dió la vida: baño purificador que te limpiará el corazón, embellecerá tu alma, y te proporcionará una existencia tranquila y perfecta.» Luego, dirigiendo la palabra á la diosa, le pedía los mismos bienes para el recién nacido; y en seguida, tomando por segunda vez el agua con la mano derecha, soplabá en ella, humedeciendo el pecho, la cabeza y la boca del recién nacido. A estas ceremonias, seguía un baño general. Durante los momentos que en él transcurrían, la partera decía con cariñoso anhelo: «Que el dios invisible descienda á esta agua venturosa; que amoroso y benéfico borre todos tus pecados, inmundicias y debilidades, y que, velando amante por tí, te libre de infortunios y desventuras.» Después, dirigiendo la palabra á la criatura, continuaba diciendo: «Gracioso niño, en la parte más elevada y esplendente del cielo te criaron los dioses *Ometeuctli* y *Omeci-*

*huatl* (1) para enviarte á vivir en la tierra; pero no olvides jamás, que es triste y penosa la vida que empiezas; que está sembrada de sobresaltos y dolores, de trabajos, de males y de lágrimas: que comerás por medio del trabajo, y que las vicisitudes y las desgracias constituyen la vida del hombre. Véncelas, pues, con tu honradez y tu laboriosidad, y Dios te ayude y acorra, como se lo pido, en las adversidades y aficciones que te aguardan.» Terminadas estas palabras, la partera felicitaba á los padres y parientes del inocente sér que acababa de entrar en el sendero del mundo.

Limpio ya, con el primer baño, de las culpas con que había nacido, los padres consultaban con los augures sacerdotes, sobre la suerte mala ó buena que le esperaba al niño. Los augures sacerdotes se informaban detenidamente del día, la hora y circunstancias del nacimiento; y después de consultar la calidad del signo bajo cuyo influjo había nacido, declaraban la suerte que al niño le esperaba. Si el vaticinio era adverso, y era también funesto el quinto día después del nacimiento, que solía ser el destinado para dar al recién nacido el segundo baño, se transfería esta ceremonia para otro día que no estuviese bajo el influjo de signo contrario. Elegida la fecha conveniente, los padres de la criatura convidaban á todos los parientes y á muchos niños para que asistiesen á esta segunda ceremonia, que era más solemne que la primera. Después de darles un banquete, se regalaba un vestido á cada uno de los convidados, esto cuando los padres de la criatura se

(1) Dios el primero y diosa la segunda, que velaban desde el cielo sobre el mundo y daban sus inclinaciones, aquél á los hombres, la diosa á las mujeres.